

EL PANORAMA UNIVERSAL

AÑO IV.

DOMINGO 26 DE ENERO DE 1862.

NÚM. 116.

Con arreglo á la ley de propiedad literaria y convenios existentes, queda prohibida la reproduccion de los grabados y la traduccion de los artículos de este periódico.

SUMARIO. Grabados.—Vista de la ciudad y puerto de Tampico en el golfo de Méjico.—Marcha de una columna hispano-francesa desde Cai-Lai á Mi-jui-tai, provincia de Mi-thó, al

través de unos pantanos.—La Canga, suplicio chino.—Caso del Gran Duque de Alba, pieza existente en la Real Armería de Madrid.

Texto. Crónica de la semana: exterior é interior.—Veracruz.—Patagonia.—Una triste epopeya.—Variantes crítico-buslicas.—Teatros.—Sueños.



Vista de la ciudad y puerto de Tampico en el golfo de Méjico. (Véase pág. 52.)

T. IV.

4

CRONICA DE LA SEMANA.

EXTERIOR.



PARECE que la Francia, en vista de las últimas noticias recibidas de Méjico, se propone aumentar considerablemente el cuerpo expedicionario, á fin de ocupar el país hasta que reprimida del todo la anarquía, pueda establecerse un Gobierno de una manera sólida y permanente.

Siguen profundamente ocultas las intenciones del Gobierno imperial por lo tocante á la cuestion de Roma y los Estados Confederados de América; y aunque realmente nada tiene de nuevo esta diplomática reserva, ha dado lugar á que se hable últimamente de ella, la circunstancia de haberse prevenido á todos los periódicos y corresponsales oficiales, abstenerse de entrar en discusion de dichos negocios.

Parece que segun el sistema de economías adoptado por M. Fould, se hará en el Ejército una rebaja de 49,000 hombres.

La llegada de Monseñor Chigi, nuevo nuncio de S. S., prometia á los curiosos poderse enterar de no pocos documentos; pero hasta ahora todo permanece en el mismo estado de ambigüedad, pues mientras Monseñor Chigi ha recibido del ministro de Negocios extranjeros y de todos los altos personajes influyentes, las mas alhagüenas seguridades para el porvenir, se ha hecho saber al caballero Nigra, no tenga el menor recelo por la llegada del Nuncio, á quien el Emperador esperaba para entablar negociaciones, y se le ha dado á entender que habia esperanzas de que el Papa se preste por último á un arreglo, no obstante las públicas protestas que al parecer le alejan de esta vía.

El Emperador ha conferenciado acerca del espíritu público y estado de negocios en diversas provincias, con los respectivos prefectos, que con este objeto ha hecho ir á París.

Corria en París el rumor de un atentado cometido contra el Emperador de Austria.

Segun el *Herald* de Nueva-York, se ha dado una batalla casi decisiva el 3 del actual en Hilton-Heal, cerca de Puerta-Real, declarándose completamente la victoria por los federales. De resultas de este combate, en el que habian tambien tomado parte las cañoneras del Ejército del Norte, habian avanzado hasta seis millas de Charleston.

Supóñese haber tenido lugar otro encuentro á orillas del Potomac; pero el conducto por donde se han recibido una y otra noticia, y el silencio que se guarda por lo relativo á sus detalles, puede hacerla mirar con alguna prevencion.

Nos escriben de Saigong con fecha 28 de noviembre próximo pasado.

El 23 del corriente llegó á este puerto el Almirante Bonnard, que viene en reemplazo del Almirante Charner, este último saldrá en el *Echo* mañana, regresando á Francia por el correo: el Almitante Page hace el mismo viaje.

Mañana, por lo tanto, se encarga de su destino el Almirante Bonnard que parece venir decidido á hacer grandes cosas, y la primera de ellas es atacar la interesante y estratégica plaza de Bien-hea, pero la gran guarnicion con que esta cuenta, los muchos meses que los annamitas han empleado en erizarla hasta larga distancia de toda clase de fortificaciones, la gran cantidad que poseen de artillería y la importancia de la posicion, hacen mirar esta empresa tan

difícil como antes era sencilla, si se hubiese llevado á cabo á su debido tiempo: por todo lo cual, se esperará la llegada de tropas numerosas que están próximas á llegar, entre otras un batallon de turcos de Argel.

Las operaciones empezarán probablemente en los primeros días de enero, los franceses, además de la marina, presentarán unos 5,000 hombres de todas armas en batalla.

El cuerpo español gracias que llegue á presentar 200.

Si concurre, es de esperar que como siempre, sabrá señalar su presencia con su sangre haciendo esfuerzos iguales á los anteriores, para conquistar con su conducta la importancia que le niega su pequeñez.

Segun otras noticias del 15 de octubre, una pequeña columna de operaciones, al mando del Capitan D. Francisco Planas, regresó de la provincia de Mithó á Saigong el 4 de octubre, despues de haber singularmente acreditado el valor y sufrimiento característicos de aquel cuerpo expedicionario. Un feroz mandarin llamado Fu-caio, que equivale á decir mandarin tigre, se creia muy seguro en el pueblo de Mi-cui-tas, pues no creia posible que tropas que no fueran indígenas, pudiesen superar las dificultades del terreno. Sin embargo, estas no arredraron á nuestros valientes; atravesaron lagunas de vasta estension, en las que fueron horriblemente mutilados por sanguijuelas de gran tamaño; destruyeron fuertes enemigos; quemaron varios pueblos rebeldes; cogieron gran número de armas, municiones y prisioneros; fusilaron á un hermano del feroz Fu-caio, no menos bárbaro que este, e hicieron evacuar la provincia á las fuerzas enemigas.

En esta empresa parece haberse distinguido el Capitan D. José Gregori y el Subteniente D. Gabriel Lopez de Illana. Dedicamos á esta gloriosa expedicion un grabado que nos ha sido remitido por nuestro corresponsal.

INTERIOR.

La llegada á Veracruz de los cinco buques que componian la vanguardia de nuestra escuadra expedicionaria fué, segun noticias, recibida con tan estúpido como insultante desdén por parte de aquella poblacion.

Multitud de pasquines aparecieron con frases no menos donosas que la siguiente: *Han llegado los gachupines, con dos guitarras y tres violines.*

Por su buena suerte no tardaron en comprender que el sonido de aquellos instrumentos podia traer para ellos algo no menos terrible que el eco de las famosas trompetas de Jericó, y usando del privilegio solicitado por todo el que no se aventura á probar los puños de un robusto contrincante, pusieron los pies en polvorosa sin cuidar siquiera de llevarse unos 90 cañones con que San Juan de Ulúa habria debido marcar el compás de la zarabanda que iban á tocar los instrumentos de los gachupines.

¡Tan ligeros para correr, como incapaces para bailar al son de una de aquellas guitarras, mala excusa tendrian estos modernos mejicanos si Montezuma ocupara el trono y pudiera todavia mandar resonar aquella trampa con que aturdió el oído de nuestros heroicos antepasados, durante la noche triste! Hay quien dice que la civilizacion enerva el valor; mas para que esto suceda seria indispensable circunstancias que en realidad existiese civilizacion. ¿Qué podrá decirse del pueblo donde falta la segunda de estas dos preciosas cualidades, y no se descubre sino alguno que otro vago destello de la primera?

Valdria mas que existiese todavia Montezuma, aunque no se hubiese quitado los grillos.

De todas maneras, los *gachupines* que venian en las guitarras, entraron en la posada, pues de indole no menos pacífica fué para recibirlos el castillo de San Juan de Ulúa, el intomable: los nuestros enarbolaron su gloriosa bandera nacional, y el distinguido Jefe que mandaba las fuerzas de la expedicion, el Excmo. Sr. D. Manuel Gasset y Mercader, tuvo por conveniente publicar las dos siguientes proclamas:

Division expedicionaria á Méjico.—Estado mayor. Orden general de 16 de diciembre de 1861 en las playas de Mocambo.

SOLDADOS: En todas partes encuentra el Ejército español recuerdos gloriosos de su valor y abnegacion. En estas mismas playas existen todavia las huellas de Hernán Cortés, que

con un puñado de españoles plantó con el pabellon de Castilla la enseña de la Cruz y de la civilizacion, asombrando al mundo con sus maravillosos hechos.

Hoy nuestra mision es tambien gloriosa: se trata de exigir del Gobierno mejicano satisfaccion por los insultos inferidos á nuestra bandera, el cumplimiento de los tratados, é impedir la repeticion de violencias contra nuestros compatriotas, demostrando aquí, como hace poco se demostró en Africa, y lo proclaman con sus hechos nuestros compañeros de armas en Asia, que nunca se insulta impunemente á España, y que no hay distancias cuando se trata de su honor.

Al tomar el mando de esta division, no he vacilado en garantizar el feliz éxito de la empresa, porque sé que jamás se acude en vano á vuestro valor y entusiasmo, que vuestra disciplina iguala á vuestro ardor, y que sereis tan humanos y tan generosos con los vencidos, como fuertes y terribles con los que se os opongan en el combate.

Soldados: Nuestra brillante escuadra comparte nuestros trabajos, y los ha inaugurado con una feliz navegacion, presagiándonos una segura victoria, y la misma plaza de Veracruz ha comprendido que seria inútil toda resistencia contra los que en estas mismas regiones han vencido tantas veces, sin contar su número ni el de sus contrarios.

Si no encontrais, pues, obstáculos, no por eso disminuya vuestro entusiasmo: no se habrá cumplido vuestra mision; estareis aun al principio de ella. Situaciones se os presentarán para probar que sois españoles, que jamás os apartais de la senda del honor; y entonces nuestra magnánima Reina y España entera dirán: esos son los que han vengado en Méjico los insultos hechos á nuestra bandera y reconquistado el afecto de los que en otro tiempo fueron nuestros hermanos.

Soldados: ¡ Viva la Reina! —El Comandante general, Manuel Gasset.

Veracruzanos: Las tropas españolas que ocupan vuestra ciudad no traen mision de conquista, ni miras interesadas. Las conduce solamente el deber de exigir satisfaccion por la falta de cumplimiento de los tratados y por las violencias cometidas contra nuestros compatriotas, así como la necesidad de garantías para que semejantes ultrajes no se repitan.

Hasta que se logren estos objetos, aquí y donde le conduzcan las eventualidades, el Ejército español sabrá con su rigurosa disciplina conservar á toda costa la tranquilidad pública, dar proteccion á los habitantes pacíficos y castigar con severidad á los perturbadores del orden, semetiéndoles á la comision militar que se nombrará para proceder contra toda clase de delincuentes.

Veracruzanos: Nada teneis que recelar: conoceis al soldado español, y vuestra actitud acaba de demostrármelo. Dedicaros, pues, á vuestras faenas, y confiad en que será la mayor de las satisfacciones para este Ejército, despues de cumplida la mision que la reina le ha encomendado, regresar á su país con la seguridad de haber merecido vuestro afecto.

Veracruz 17 de diciembre de 1861.—El Comandante de las fuerzas españolas, Manuel Gasset.

F. M.

VERACRUZ.

(Continuacion.)

En el número próximo pasado hicimos una breve descripcion de la ciudad de Veracruz en lo tocante á su aspecto exterior é interior: ahora proseguimos con una concisa descripcion de las costumbres de sus habitantes.

En los salones donde se reúne la sociedad elegante de Veracruz todas las señoras fuman, hablan y manejan el abanico. No puede decirse que existe lujo, porque para esto es circunstancia al parecer precisa que la libre circulacion del aire modifique el estremado calor, y esto no se consigue en aquel clima.

Pocas de aquellas amables señoras dejan de poseer el atractivo de tocar la guitarra, instrumento que en sus manos es mas característico de su gracia que el piano, si bien no tan armonioso.

Los bailes, si hubiera de creerse á cierto viajero hijo de París, no son en el fondo mas que una pálida copia de los de esta capital: dice que las damas veracruzanas, mejor dichos mejicanas, carecen de aquella graciosa amabilidad de las de

su patria. Así será tal vez; pero óigase al mismo viajero referir lo que dice acerca de aquellas, y júzguese si con tales prendas podrán ó no ser tan graciosas como las que más. «Las mejicanas, dice, son eso no obstante muy hermosas. Todas tienen un piecico encantador, y al cual le vendría demasiado ancha la verde chinela de la Cenicienta: son sus ojos suaves como el terciopelo y su boca es fresca y encarnada como la flor del granado; su cabellera larga, sedosa, y negra como el azabache; su talle es admirable, pero....» ¿Qué mas podrá querer el viajero parisiense? Dice «que todos esos encantos se ostentan friamente detallados; que les falta un *no sé qué*, complemento y radiante espresion de la belleza.» Tal vez le faltará en concepto del viajero, la indispensable circunstancia de ser hijas de París.

En la sociedad de buen tono mejicana nada se encuentra nacional. Hombres, mujeres, todo el mundo quiere parecer europeo: no acaban, lo mismo que todos los pueblos medio civilizados, de comprender que al parodiarse las gracias de otros países abdican de las que les ha dado la naturaleza, y que al querer ser graciosos, no son mas que ridículos. Hay en Méjico sociedades en que predominan las maneras inglesas, al paso que en otras se pone todo cuidado en remedar á la Francia: en aquellas el dueño de la casa se presenta vestido á lo John Bull, y se esfuerza en atropellar su propio idioma por darle una acentuación británica; en estas, es decir, en las que parodian la Francia, suele ser la señora la que se encarga de la ejecución de este papel verdaderamente difícil: viste como las notabilidades de la calle de Breda, y no economiza en su conversacion equívocos ni forzados retruécanos.

El excesivo calor es seguramente causa de que la sociedad mejicana de buen tono se vea casi privada de uno de los recursos de que mas agradable ostentación se hace en Europa: nos referimos al baile, diversion de muy poco atractivo sintiéndose uno bañado en la humedad de la traspiración, y viendo correr las gotas de sudor por la frente de su pareja. En recompensa, mientras las señoras se fastidian en una silla, los hombres se entregan con furor á la infernal pasión del juego. No es raro ver en un rincón, separados de la concurrencia y sentados á una mesa, dos hombres, que con la mayor indiferencia confían á un náipe el último resto de su fortuna. Principiase por jugar lo que se lleva encima; en seguida se juega sobre palabra; luego el mobiliario; luego el cargamento del buque que está para llegar; luego.... No faltan ejemplos de haber jugado algun marido, en un rapto de frenesí, hasta la mujer propia.

Ocioso es decir que la pasión del juego viene á ser un ramo de industria para los que saben conservar fria su sangre en medio de los repetidos azares de la fortuna, ó remedian con vergonzosa industria los ciegos caprichos de ésta.

Desgraciadamente no hay clase de la sociedad que no esté infectada del atroz frenesí del juego, ni casa donde no haya penetrado el contagio.

No se crea que exajeramos: fácil es comprender cuál debe ser el ruinoso estado de una sociedad en la que, al paso que la industria halla obstruidos todos los caminos, y lo que peor es, puede el hombre que á ella se dedica perder en un malhadado momento el fruto de veinte años de constancia, le es lícito al holgazán entregarse á dorados sueños de hacer fortuna por poco que la suerte ó sus malas artes le sonrían algunos instantes.

Refiriéndose cierta persona, á quien damos entero crédito, al titulado ferro-carril de Veracruz, que en realidad no es mas que una mezquina vía cubierta de rails mal unidos y rotos y cuyos dos ó tres kilómetros de estension, cuestan ya nada menos que cuatro ó cinco millones de pesos, se expresaba en estos términos: «Un ferro-carril de aquí á Méjico, tardaría toda una eternidad en ser construido y todo el metal de las Américas no bastaría para sufragar su coste. Rechaza este desgraciado suelo toda ventajosa novedad que en él se pretenda introducir. El Gobierno carece de dinero, porque no tiene otro recurso que las aduanas; los capitalistas están armados de desconfianza, ni son capaces de aquel patriotismo que hace acometer grandes empresas; el pueblo es ignorante, perezoso y está prevenido contra todas las invenciones europeas. Esta ignorancia y prevención son tales, que si venciendo imposibles se llegara á realizar una vía férrea, el pueblo la destruiría y por último sublevándose en todas

partes, daría al traste con el Gobierno bajo cuyos auspicios se hubiese llevado á cabo la obra...

Pero esto ya no es de nuestro propósito, pues por ahora no nos concretamos á mas que á la descripción de la ciudad.

Hemos dicho que en sus inmediaciones la vista se fatiga en vano por encontrar frondosos vegetales en que fijarse con placer; así es en efecto: solo algunos raquiticos arbustos, algun nopal, algun espinó, decoran aquella desolada campiña que se estiende en derredor de la ciudad. El soplo del viento del Norte destruye todo vegetal que se eleva á dos metros de altura.

El terreno que sirvió de campamento á los norte-americanos está todavía cubierto de restos de sus pertrechos de guerra; todavía existen en pie las estacas en que fijaron sus tiendas de campaña, y los descarnados esqueletos de los caballos que perecieron. Gracias á la voracidad de los zopilotes, sus cadáveres no se convirtieron en un centro de corrupción para el país.

En el mismo paseo público, nada hay que proporcione sombra ni frescura á los concurrentes mas que unas tristes acacias tan menguadas de follaje como de color. Hermosos edificios podrían suplir esta rara parsimonia de la naturaleza; pero desgraciadamente lo mezquino de estos corre pareja con la ruindad del arbolado. En la estremidad del paseo solo se ven agrupadas algunas cuantas casas de pobre aspecto y que en su mayor parte son lecherías y tiendas de carniceros, como lo demuestran los colgajos de carne suspendidos de las puertas, no de otro modo que si fueran paños húmedos secándose al sol. Todas esas casas forman una especie de barrio separado del paseo por un puente echado sobre una charca de agua inmundada.

La variedad y el colorido que falta en la campiña y el paseo público, sobra en la morada de quietud donde hasta día postrero descansan los restos de los que fueron. El Campo Santo es un recinto rodeado de un muro pintorroteado de blanco y negro; en el centro de su área se eleva una capilla de arquitectura árabe y en su alrededor se ven numerosos monumentos fúnebres ridículamente sobrecargados de líneas doradas y de pinturas. Abrénse de cuando en cuando las puertas del fúnebre recinto para dar paso á tristes madres que vienen á dejar en aquel depósito general de cenizas los restos de algun párvulo que ellas mismas conducen en una cesta adornada de lazos y flores.

Con este motivo, diremos que nunca se le ha ocurrido al Gobierno de Méjico mandar que por las autoridades civiles se llevara registro de los nacimientos y defunciones que sucesivamente vayan ocurriendo en sus distritos. Tal vez este descuido da ocasion á los numerosos abortos que dicen notarse de algunos años á esta parte.

(Se continuará.)

PATAGONIA.

(Continuación.)

Ese abominable estado de embrutecimiento es el colmo de felicidad para el indio, es el objeto de sus mas respetuosas simpatías; pues por nada en el mundo turbaría al compañero que ve en esa situación, y previene el satisfacer la sed que padecerá al despertar del abominable letargo, poniendo agua á su lado. Su dios ha participado tambien, segun dicen, de ese hediondo goce, y en ese concepto le ofrece todo fumador las cinco ó seis primeras bocanadas de humo, acompañadas de una oración mental.

Después de haber bebido el agua que le han puesto á su lado, el fumador dando media vuelta sobre sí mismo, se recuesta de espaldas y se entrega momentáneamente al sueño; las mujeres y hasta los niños toman parte en esta punible distracción, sin que nadie se tome la molestia de impedirselo.

Todas estas tribus nómadas, ya sea que moren en las fronteras de la comarca hispano-americanas, ó ya en las soledades de la Patagonia, en la parte montuosa ó en el terreno desnudo y alcalino de la Pampa, viven de una manera casi uniforme.

Sus ocupaciones son la caza, el pillaje, el cuidado de sus animales domésticos, la equitación, el manejo de la lanza, de las bolas, de la honda y del lazo. La mayor parte de los

pamperos poseen hoy enseres de cocina procedentes del botín que recojen en sus expediciones. Las mujeres están encargadas de la conservación de esos útiles, y lo hacen con tal esmero, que para no gastarlos no dejan cocer la comida lo suficiente: ponen agua en una vasija, echan los pedazos de carne, y así que esta empieza á blanquear, la dan por bien cocida y se la comen al momento, sazónándola con un poco de sal, de cuyo condimento hacen uso. En las tribus sometidas á las comarcas civilizadas, los indios comen la carne bien cocida ó bien asada, mas sin embargo, consideran lo mismo que sus compañeros del interior del país como un regalo, el devorar crudos el pulmón, el hígado y los riñones de todos los animales, y el beber su sangre cuando aun está caliente.

Las habitaciones de estos salvajes son tiendas de campaña de cuero, que trasportan en sus emigraciones. Su traje se compone de una pieza de cualquiera clase de tela, en cuya mitad hacen una abertura para pasar la cabeza: otro pedazo de tela le sirve para rodear la cintura y finalmente con otra banda ó tira sujetan por la parte anterior los cabellos que por la parte posterior caen formando grandes bucles sobre la espalda. Arráncanse cuidadosamente todo el vello hasta el de las cejas y se pintan el rostro con tierras volcánicas que les traen los araucanos en sus visitas anuales. Los colores que emplean varían segun el capricho de cada cual aunque los mas dominantes son el azul, el negro, el blanco y el rojo.

Las mujeres se ciñen el talle con una ancha faja de tela tegida por ellas mismas de lana de sus ovejas, cuando sus maridos no les traen algunos pedazos de tela que pueden cojer en sus correrías. Esa faja, á manera de funda, las cubre por lo general desde los hombros hasta mas abajo de las rodillas dejando en descubierto la cabeza, los brazos y las piernas, pero sin armonía ni gracia. Este raro traje queda fijo en la parte superior á beneficio de un broche de plata, cuya cabeza redonda y plana, se parece en cierto modo á una cacerola bien estañada. Un cinturón de cuero crudo adornado de dibujos de diversos colores y estrechamente ceñido alrededor de la cintura acaba de mantener en sujeción al vestido. Despójense de todo el vello y así como los hombres se pintan el rostro, cuya original dureza acaba de ser puesta en relieve por un adorno de groseras perlas, especie de redicilla que sujeta su cabello en dos matas largas que por lo general les caen hasta mas abajo de la cintura. Pendientes de forma cuadrada y de grandes dimensiones completan la parte de adorno con que se engalanan. Las jóvenes suelen además llevar en los puños y en los tobillos brazaletes de perlas groseras de varios colores, ensartadas generalmente en filamentos sacados de la carne de los animales. El aspecto de la mujer es bastante parecido al del hombre, sin embargo, suelen encontrarse algunas que no son enteramente feas y proceden de las razas india y cristiana, como hijas de alguna cautiva.

Las mujeres saben manejar la lanza, las bolas y el lazo casi tan bien como los hombres y montan á caballo lo mismo que estos.

La población, unas 40,000 almas, realmente poco numerosa en relacion al inmenso terreno que ocupa, tiende á disminuirse de año en año en especial entre las tribus del Norte, los pamperos propiamente dichos, cuyas mujeres están en minoría á consecuencia de las guerras á muerte que hicieron á estas tribus los *gauchos de Rosas* hará como unos treinta años. Viéndose obligados á huir se refugiaron los indígenas en las cordilleras que rodean á Chile en la inmediación de los araucanos, entre los cuales se quedó la mayor parte de sus mujeres. El pequeño número de las que permanecieron fieles estuvo muy lejos de igualar al de los pamperos cuando regresaron al terreno de sus antiguas correrías, y á pesar de las muchas esclavas que estos hacen con frecuencia puede asegurarse que hasta ahora no hay en término medio, mas que una mujer para cinco hombres; entre los araucanos por el contrario, las mujeres alcanzan la mayoría. La posesión de varias mujeres está autorizada en las pampas por la costumbre; de aquí resulta que al paso que los ricos tienen muchas, los pobres para evitar el lujo de tener una compañera se ven en la precisión de vivir en el celibato.

De lo dicho puede inferirse que los nómadas de las pampas son muy dignos del árido terreno en que habitan.

Nada hay en efecto mas triste que aquellas vastas llanu-

ras, cuya soledad solo se vé animada de cuando en cuando por los rebaños de los indios y por algunos grupos de nómadas fáciles de conocer por sus lanzas adornadas con plumas de nandú ó avestruz americano. El agudo graznido de algun ave de rapiña al cebarse durante el día en algun cadáver putrefacto ó bien por la noche el rugido del puma ó del jaguar hambrientos, tal es juntamente con el mugir del viento la armonía de las pampas.

La caza es la principal ocupacion de los indios y aunque durante todo el año se dedican á ella, nunca lo hacen con mas afán que en agosto y setiembre (primavera en el hemisferio del Sur), con el doble objeto de cazar piezas jóvenes y

recojer huevos de nandú, que por lo regular son comidos en familia, en tanto que aquellas son destinadas para los niños.

Para cazar el avestruz y el gama se reúnen muchos ojeadores, que se extienden en un terreno de dos ó tres leguas: forman círculo y van marchando lentamente hacia el centro hasta que de uno á otro no media mas distancia que la longitud de cinco ó seis caballos. Entonces se detienen y preparando las bolas, azuzan á los perros, obligando á la caza á pasar por unos angostos espacios dejados á propósito en claro para poder lanzar las bolas que muy rara vez dejan de conseguir el objeto. Las presas son despojadas con tal des-

treza y prontitud que la cacería sigue sin interrupcion hasta que el círculo se ha estrechado lo bastante para juntar en un solo grupo todos los ojeadores. Rara es la vez que de esta manera no consiguen llevar á su familia seis ó siete piezas mayores.

Los indios cheuelches, una de las tribus patagónicas, si bien no tienen á su disposicion el auxilio de caballos, no por eso dejan de ser tan diestros cazadores como los que ejecutan aquella maniobra montados.

Los hombres y las mujeres de edad avanzada tienen el encargo de despojar y trasportar el producto de la caza que consiste en avestruces, gamas y una especie de camellos pro-



Marcha de una columna hispano-francesa desde Cai-Lai á Mi-jui-tai, provincia de Mithó, al través de unos pantanos. (Véase pág. 26.)

(Dibujo ejecutado por nuestro corresponsal D. Gabriel Lopez de Illana.)

pia de aquel país: todas estas presas son cogidas á lazo, con bolas y tambien algunas veces con flecha.

Acostumbran los indios celebrar el regreso de la cacería, entregándose á sus dos vicios favoritos, el juego y la embriaguez.

No obstante su grave apariencia, puede decirse que el juego es la pasión que mas predomina en aquellos salvajes. Las tribus fronterizas á las posesiones hispano-americanas juegan con naipes españoles, que marcan muy sutilmente empleándolos sin escrúpulo con toda la mala fé posible.

Los demás juegos que lesson propios y que mas en boga están entre ellos, son *tchoecon* ó *onignon* y los dados.

En el primero de estos dos juegos cada hombre se presenta armado de una cachiporra y elige por contrincante uno de sus compañeros que se halle dispuesto á aventurar una cantidad igual á la suya. Arreglada la partida se colocan los jugadores en dos bandas de frente, esto es, cada cual

dando cara á su contrincante. La pareja que forma el centro de la línea arroja al aire ó tira al suelo una bolita de madera que cada banda procura con sus cachiporras hacer marchar en direccion opuesta para hacerla pasar de una línea que marca la pérdida ó la ganancia del juego. Por demás es decir, que el continuo movimiento de las cachiporras, bien para cojer la bola al vuelo cuando se eleva, ó bien para impulsarla rastreando, facilita ocasion de dejarla caer alguna vez sobre la cabeza ó las piernas del contrincante, lo cual sucede no pocas veces entre aquellos hombres de ánimo feroz. A este percance hay que añadir los latigazos que sobre los jugadores abrumados de fatiga ó desalentados descargan los jueces que montados á caballo presencian el juego, en cuyo buen éxito se interesa por lo regular la vanidad de una tribu ó de una familia.

El juego de los dados, ó mas bien de *blanco y negro* ó *pares y nones*, se compone de ocho pequeños cuadrados de

hueso ennegrecidos por una de sus caras. Colócase entre los jugadores un cuero que sirve de mesa y al lanzar los dados gritan con violencia y se golpean con furor las palmas de las manos como para aturdirse recíprocamente. Cada jugador mantiene la vez en tanto que los dados presentan números pares. Así se vá prolongando la partida hasta que uno de los contrincantes queda medio atontado por los gritos y palmas de su rival que sin miramiento empieza á marcarse dobles puntos y gana el juego. Es de advertir que si mala fé hay en la ganancia, no la hay menos en la pérdida, pues generalmente el que la sufre nunca se aviene á satisfacer la apuesta que ha mediado.

Con esta rabiosa pasión del juego, rivaliza la de las bebidas espirituosas, y no faltan ocasiones en que un salvaje emprende con gusto un viaje de diez ó doce jornadas para ir á cambiar en algun establecimiento americano plumas de avestruz ú otros objetos, por tabaco (*pitrem*) ó por aguar-

diente (*poulcon*). Para el transporte de líquidos se valen de pieles de carnero que desuellan con singular destreza no dejando mas abertura que la del cuello. Para el mismo objeto emplean pieles de muslo de avestruz; pero prefieren las de carnero, por su mayor capacidad y porque resisten mejor el galope del caballo al que van fijadas por medio de estrechas ligaduras.

Al regresar á su campo, no bien las mujeres han descargado los caballos, cuando se agrupa alrededor una numerosa multitud de gente anhelando participar de la orgía y de la distribución del tabaco, que suele tener lugar; sin embargo, esta costumbre de repartir lo que posee cada cual, este comunismo no es de estricta obligacion, y por el contrario, sino interviniera la astucia ó la violencia es de presumir que la generosidad de los poseedores haría por dispensarse de ella.

El estremado calor no es causa para que hombres y mujeres se abstengan de frecuentes y copiosos tragos. Cuando la embriaguez llega á su colmo, sobrevienen pendencias en que todos sin distincion de sexo ni de edad, toman parte, en especial si se oye la palabra *ouïnaes*, esto es, cristianos: estos desórdenes solian terminar con la muerte de algunos combatientes, si no intervinieran para ponerlos en paz los que se hallan menos ébrios ó mas razonables.

La orgía continúa hasta que las odres se hallan enteramente vacías.

(Se continuará.)

UNA TRISTE EPOPEYA!

(Cuadros episódicos del sangriento drama que se representa en Siria.)

(Continuacion.)

Pues bien, repuso el cazador de panteras, escuchad: cuando hube lanzado, como os dije, el cuerpo del druso en el hondo del barranco, disfrazándome en seguida con las ropas de aquel bandido, me fui á incorporar á la pandilla. Conozco aquel país de mucho tiempo, y demasiado para dejar de estar familiarizado con los usos y dialectos de los diversos habitantes que pueblan aquel territorio; estaba seguro de engañar á los drusos haciéndome pasar por uno de los suyos, sobre todo en medio de la oscuridad, de manera que me mezclé con ellos sin vacilar. Durante cuatro horas los fui siguiendo paso á paso, recorriendo sus filas y explorando sus columnas, y asistiendo por cierto á los hechos mas monstruosos y repugnantes. Por fin, despues de las mas esquisitas pesquisas infructuosas en un principio, concluí por descubrir en medio de esa turba-multa de niños y mujeres á Noemi, la hija del judío Esaú y compañera de Victorina...

—¿Y despues? repuso con impaciencia Enrique.

—Supe además que el Sr. de C... se encontraba entre los prisioneros, iba atado sobre un asno porque sus heridas no le permitian incorporarse. Supe que Victorina vivía, mar-

chando separadamente á la cabeza de la columna de orden del Cheik y detras del caballo de Malohun-Katoun.

—Prosigue, Abul-Abbas.

—Enterado de todo esto cruzaron por mi mente vehementes deseos de salvarlos; pero tuve que desistir, por cuanto que era locura pretender luchar contra 500 enemigos yo solo.

—¿Pero, y dónde los conducian?

—A Damasco.

—¿A Damasco...? Si no me engaño el Cheik debe tener allí su harem. ¡Su harem...! repitió por varias veces Enrique y parecía que esa palabra le quemaba los labios, y haciendo un esfuerzo desesperado se incorporó exclamando:

—¡A caballo pues, á caballo!!!

—¿Pues qué mas sucede? preguntó sorprendido Enrique al escuchar la desentonada voz de Abul-Abbas.

—¡Venid caballero Enrique! ¡Valor, no perdaís momento, ya os lo explicaré; es el *khamzin*...! repuso aquel estendiendo la diestra en direccion al Sur-Oeste:

—¡El *khamzin*, el viento del desierto!

IX.

OTRA PLAGA.

El cielo, momentos antes etéreo y puro, acababa súbitamente de oscurecerse el horizonte. Se distinguía apenas el disco del sol. Divisábanse fluctuando en una columna oblicua como átomos luminosos, un polvillo impalpable semejan-

te á una espesa niebla. Nubes de un amarillo cetrino arremolinábanse al Sur-Oeste, rodando, estendiéndose, aplandándose y fijándose. Un rumor tenebroso se dejaba oír amenazador en lontananza, y la naturaleza entera parecía tomar un aspecto siniestro.

Khamzin, *sirócco*, *simoun*, son tres denominaciones diferentes, segun los países y los climas, para nombrar una misma y terrible plaga, la del viento del desierto. Quien no haya experimentado los efectos de esas tempestades instantáneas, espantosas y esterminadoras ni podrá siquiera formarse de ellas una idea aproximada.

Al primer soplo del *khamzin*, un espantoso silencio reina do quiera: paralizanse las faenas de la vida activa, ocúltanse los animales y no se oye otro ruido que el producido por el huracán. Los habitantes de las aldeas y ciudades se refugian presurosos á sus albergues, echándose sobre esteras ó divanes despues de cerrar puertas y ventanas á fin de guarecerse del polvillo fino y penetrante alzado por el torbellino. Los mismos beduinos ordinariamente tan poco aprensivos á las vicisitudes atmosféricas, embózanse en sus albornoces, se tapan la boca y se tienden boca abajo.

El camello es el animal que barrunta de mas lejos el viento del desierto: párase al primer indicio, rehusa dar un paso mas, y practica un hoyo en la arena para ocultar el hocico. Entonces se detienen las caravanas, fórmase en círculo á los camellos, de rodillas con los lomos altos, los hombres se sitúan y cobijan en el centro y esperan. Zumban las trombas contra ese valuarte viviente y los camellos tributan ese servicio mas á los habitantes del desierto. Mas ¡ay de los desdichados á quienes sorprende el *khamzin* en medio de los arenales!

Nada entonces puede defenderles contra sus efectos destructores. En sus torbellinos ruedan columnas mortíferas y con frecuencia la arena es azotada con violencia tal, que cada grano que hiere las manos y el rostro hace saltar la sangre (1).

(1) En 1838 hemos leído (en no sé que obra) que mas de 40,000 peregrinos musulmanes, yendo á la Meca, se hallaban acampados en el desierto en ocasion en que se desató inesperadamente el *khamzin*. Las tiendas fueron desgarradas, desprendidas, rotas y lanzadas al aire. Muchos viajeros se vieron atacados de apoplejía y otros muchos perecieron en el acto. Otros ahogados por la arena y sofocados por el polvo imperceptible, fueron acometidos de los mas alarmantes síntomas del cólera morbo. Gran número fueron heridos de ceguera d



La Canga, suplicio chino. (Véase pág. 52.)

—¡Abul-Abbas, no hay reinedio, es preciso partir! ¡Es menester que acudamos al campo de Damasco! ¡Ese Cheik es un monstruo...! ¡Ea... mis armas, mi caballo y partamos sin demora! Chispeaban de ira los ojos de Enrique, quien habia vuelto á encontrar efecto de una sobre-excitacion moral extraordinaria, las fuerzas físicas que sus heridas le hicieran perder.

—Alzándose Abul-Abbas, le tendió la mano y repuso:

—¡Qué me place! Vamos á tentar imposibles en orden á arrancar á Victorina de entre las manos de los drusos. Pero por vida vuestra, calmaos Enrique, seguro de que por el momento la vida de Victorina ningún riesgo corre, por cuanto que, si por una parte la amenaza el amor de Malohun-Katoun; por otro lado la preserva, la pasión que por ella siente el *agdh* Osmán-ben-Assah.

—¿Cómo, tambien ama Osmán á Victorina?

—Con frenesí.

—¿Quién te lo ha dicho?

—Lo he adivinado.

—¡Un ángel entre dos demonios!

—¡Es verdad; pero en eso mismo estriva la salvacion de Victorina! Pues los dos á porfía vigilan y defienden su tesoro.

—Si; pero como los orientales acuden al asesinato, un rival pudiera matar al otro, y quedar la jóven á merced del vencedor. ¿Quién sabe si no lo estará ya á estas horas? ¡Corramos, corramos por favor, y el cielo nos socorra!

—Estos hombres nos acompañarán, dijo el cazador de panteras, y nos ayudarán con todas sus fuerzas; en esto sus miradas se dirigieron maquinalmente hacia el horizonte y añadió gritando:

—¡A caballo, á caballo! volvió á gritar Abul-Abbas asustado en vista de la aproximación del fenómeno.

En un abrir y cerrar de ojos los maronitas estuvieron en sus monturas comprendiendo el peligro, y todos emprendieron la fuga hacia el Nor-Este en la esperanza de ganar la montaña antes que el azote descendiera sobre ellos. Los caballos árabes sobre-escitados y conociendo intuitivamente el peligro, no corrían, volaban. Ráfagas terribles hicieron doblar la frente de los ginetes hasta besar las perillas de sus monturas al par que henchían sus albornoces. Abul-Abbas, el valiente, paseó en su derredor una mirada de desconsuelo. Ni un abrigo se ofrecía á su vista, y los montes distaban todavía dos leguas: la muerte les alcanzaba y no contaba con el menor recurso para contrarestarla. Enrique, rendido y no repuesto de sus heridas, solo por un milagro de energía se sostenía á caballo, le faltaba ya la respiración y las columnas de imperceptible polvo, se habían convertido en espesas nubes. Algunos caballos se detuvieron, temblaron y rodaron con sus ginetes. El *khamisín* se desencadenaba en toda su violencia.

Abul-Abbas exhalaba rugidos de cólera. Él, el hombre de la lucha se hallaba impotente. Dos maronitas atacados de apoplejía mordieron la arena; la respiración se hacía imposible y la lucha insostenible.

Otros tres maronitas cayeron como los dos primeros para jamás levantarse. Los corceles aligerados de su peso escapaban mejor, reanimando á los que llevaban ginete, los cuales de 14 quedaron reducidos á 8; entre ellos Enrique tambaleándose y espuesto á cada momento á perder los estribos... pero no huir era la muerte.

Otros dos caballos volvieron á rodar sepultados con sus ginetes entre aquellas oleadas de móviles montañas de arena.

Era verdaderamente un espectáculo fantástico que no podría idear la imaginación más creadora, y que es preciso haber presenciado para formarse exacta idea y comprenderlo en todo su horror, en parangón de los cuales las mismas trombas que en Europa asolan un valle, derriban las fábricas y arrancan las techumbres, nada son en comparación. ¡Cuántas caravanas no han desaparecido cuyos destinos han permanecido ignorados para siempre y que han sido anonadadas hasta el último vestigio! Ni los leones, panteras, ni chacales osan arrostrar la *plaga*, y el mismo camello y el avestruz, esos dos huéspedes del desierto perecen arrollados por ese impetuoso Océano de arenas arrebatadoras.

Por fin, los demás ginetes se detuvieron, volvieron grupa al viento y se cubrieron con sus albornoces. Abul-Abbas se había deslizado del caballo y desaparecido sin que los demás supiesen dónde.

Los minutos trascurrían lentos al parecer como siglos llenos de terror y de angustia. Los caballos flaqueaban y amenazaban echarse... Algunos momentos más y todos perecían... no siendo humanamente posible más prolongada lucha...

De pronto una voz jadeante resonó en el espacio dominando la tempestad gritando...

—¡Valor! ¡Buen ánimo...! Venid; ¡procurad obligar á vuestros corceles á que avancen...!

Cada cual escuchó sin comprender: entonces reapareció Abul-Abbas en medio de los caballeros anonadados y tirando de las riendas al caballo en que montaba Enrique lo arrastró: el *khamisín* redoblaba de furia y los torbellinos de arenal en forma de dunas móviles se elevaron hasta las altas regiones.

(Se continuará.)

PEDRO DE PRADO Y TORRES.

VARIANTES CRÍTICO-BURLESCAS

DEL

DICCIONARIO DE LA LENGUA.

(En la vida social la palabra es una mentira ó un sarcasmo.)

ABORDAR UNA CUESTION. Frase retórica que se ha hecho de moda en estos últimos tiempos, y que, poco más ó me-

abrasados los ojos por las ardientes arenas. Un tercio escasamente lograron escapar vivos de ese azote, y anonadados por el terror, apresuraron en ofrecer un sacrificio á Alá para aplacar sus iras.—PP.

nos, significa tomarse cuerpo á cuerpo con un asunto, idea ó cuestión; tocarla decididamente y de frente; examinarla, discutirla, etc., considerándola bajo todos sus aspectos. Esta última prueba de buena fé y desinterés no está muy en uso, y puede tenerse por casi fenomenal. Tenemos siempre un interés más ó menos directo en la ventilación de un punto cuestionable; y aunque pudiésemos dejar de tenerlo; cederíamos constantemente, respecto á ella, á ese sentimiento de repulsión ó simpatía que casi todas las cosas ó objetos producen en nosotros, como para advertirnos incesantemente de que no le es dado al hombre el ser imparcial, y que la predilección es en él, no solo un acto inseparable de su organización, sino una necesidad de su naturaleza impresionable y apasionada. En virtud de esta ley eterna, que no nos es fácil infringir, esté V. seguro, amigo lector, de que ninguna idea ó cuestión propia ó ajena se aborda nunca francamente y á cuerpo descubierto. La táctica que entonces se observa siempre, es callar lo bueno y encarecer lo malo, si se la quiere combatir; encomiar lo favorable, y pasar en silencio lo adverso, si se la quiere defender y acreditar. Los abogados se creen muy sabios en hacerlo así; pero nuestros primeros padres, en su inocencia, no obraban de otro modo, y de este género ramplón fué sin duda el discurso con que Eva indujo á su caro consorte á comer la fruta del árbol vedado, y el raciocinio en que se apoyó Esau en el famoso negocio del plato de lentejas.

ABORTAR. v. Mucho ruido y pocas nueces; mucha hinchazón, pero todo viento: en resumidas cuentas, nada entre dos platos; como, por ejemplo, un discurso académico, un panegirico, la biografía de un contemporáneo, las felicitaciones en general, las menciones necrológicas, y las infinitas cartas de recomendación, de enhorabuena, de pésame, etc., etc. Los abortos que más chascos dan, aunque no sean los menos frecuentes, son los de los oradores que, después de un rumboso exordio en que prometen desentrañar y disecar parte por parte la cuestión que dicen van á examinar, bajan de la tribuna sin haber dicho una palabra de ella; bien que asegurando que acaban de tratarla á fondo, y terminando magníficamente con estas profundas palabras: *he dicho*.

ABOTAGARSE. v. pron. Ponerse inflado como una bota, reventar de satisfacción, de orgullo y *do puro forte*, como verbi-gracia el cuitado que en público ha obtenido la distinción de recibir de algún personaje una palmada cordial en el hombro ó un puntapié amical en el trasero;

Como el que, al paso de una coqueta, ha recogido alguna de las mil ojeadas gachonas con que esta especie desalmada acostumbra provocar sin amor y prometer sin dar;

Como el autor dramático que, gracias á los bostezos del público, ha salvado de una silba unánime su primera pieza (el lector tiene sin duda demasiada penetración para dejar de concedernos que es tan imposible bostezar y silbar á un tiempo, como soplar y sorber);

Como la bailarina que, con un meneo escogido de caderas, ha sabido arrancar un grito íntimo de feroz entusiasmo masculino;

En fin, como todas las medianías poco acostumbradas á ver su amor propio halagado por el favor ó la fortuna.

ABOTONADO. adj. Tener bien encerrada la intención, abrochado fuertemente el interior, callada y guardada la voluntad, envuelta por último en dobleces y mas dobleces la pobrecita alma, á fin de que nadie llegue á conocer su negrura ni á horripilarse de sus artimañas. Esto es lo fuerte del significado; pero hay una infinidad de inocentes y de almas de cántaro que creen darse mucha importancia haciéndose los callados, y que tienen la presunción de figurarse que pasarán de este modo por unos sacos de maldades y malicias, cuando solo son portadores de un talego de sandeces y necedades. ¡Es tan honroso y lisonjero el ser tenido por más malo de lo que uno lo es en realidad!

ABROQUELARSE. v. pron. Las opiniones, buenas ó malas, se abroquelan de diversos modos, como, por ejemplo,

Parapetándose en la autoridad de las celebridades antiguas ó modernas, en cuyo caso hay que conceder que aquellas opiniones no son propias, sino prestadas ó sugeridas;

Escudándose en la generalidad de su adopción, con lo cual se hace uno corista y se califica inocentemente de voto de reata;

Aferrándose campanudamente en la voz de la conciencia, expresión hueca, sin sentido ni valor concreto y positivo,

equivalente, en su muy equivoco significado, á las de *convicción* y de *fuero interno*, igualmente inconquistables, inconstantes y versátiles una y otras, y con las cuales queda uno en plena libertad para opinar cada día de una manera diversa, según cumpla á su capricho, interés, cambio de posición, etc., pues que, en general, la conciencia y el susodicho fuero interno son en extremo tratables y atentos, usando de mucho miramiento y consideración con todas esas cosas, de las que en efecto dependen en gran manera, así como casi siempre pende la imaginación, del bien ó malestar del cuerpo; la voluntad, de los objetos exteriores que la estimulan; la virtud y el vicio, del ejemplo y de la ocasión, etc.;

Valiéndose del raciocinio y de la argumentación, reparos ambos tan insubsistentes y poco seguros como los de que venimos haciendo mención, pues que no hay causa, por mala que sea, que no pueda apoyarse en buenas razones, ni argumento falso que no sea fácil fundar y defender lógicamente;

Por último, encastillándose en la marcha de los acontecimientos, en la naturaleza de los hechos ó de las cosas, en el carácter de las actualidades, en la fuerza de las circunstancias, en las necesidades de la época y en otras mil razones ó sinrazones del mismo jaez; malísimas disculpas todas, que equivalen á echarse por tierra y á proclamar la propia impotencia, al mismo tiempo que el triunfo de la fuerza bruta y la derrota completa de la inteligencia y del sentido común.

En resumidas cuentas, el mejor y más eficaz modo de *abroquelarse* en todas ocasiones está en la significación, sin comentarios, de la voluntad, y en el uso, sin paliativo, de la fuerza. *Quiero* es una razón convincente y sin réplica: *puedo* es un corolario que la hace inapeable y casi sublime.

ACABALLERARSE. v. pron. Adquirir modales propios de caballero; hacerse con los hábitos, carácter, aspecto y maneras aristocráticas, debidas tanto á la educación como á la cuna, y que, por más que haga, no obtiene nunca completamente el que, nacido sin *don* de veras ni *dan* de hecho, se ha encaramado por la escala social solo por su estremada habilidad en la aplicación de las reglas de restar y multiplicar, ó por la superioridad que ha sabido adquirir en los juegos de manos y en los saltos mortales. Por lo general es tan difícil que se *acaballere* el que se ha criado en malos pañales, como que se alinen, torneen, suavicen y blanqueen las manos del gañan. La librea de la miseria es indeleble como la de la ordinareiz y de la falta de crianza.

ACERO. s. m. Metal grato en extremo al hombre, y que parece haberle sido dado para satisfacer sus instintos salvajes y aumentar el alcance é intensidad de su natural fiero y sañudo. En vano la filosofía y la razón han intentado el confiar solo á la diestra de *Thémis* el acero homicida. La ley no ha sido considerada por el ciudadano como una garantía suficiente: la ley no le ha parecido bastante reparadora, y, en medio de una organización social que se opone á que el individuo se tome satisfacción por su propia mano, y de un orden civil que reduce su acción al requerimiento de los tribunales, se le deja hacer un público alarde de menospreciar las instituciones que él mismo colectivamente se ha dado, ó cuando menos ha reconocido, permitiéndole que lleve muy ufano por esas calles de Dios una flamberg de vara y media (1), cual si campeara todavía por el mundo la caballería andante que tan mal parada dejó su último adalid D. Quijote de la Mancha, ó si, insuficiente nuestra numerosa policía para refrenar los desmanes de la gente *non sancta*, estuviéramos espuestos á encontrar algún facineroso en cada esquina, ó á tener que habérnosla con el Draque en cada encrucijada. No se sabe en verdad cuál cosa sea más de admirar, de la manía de llevar al lado, contra viento y marea de la civilización, las clases y categorías más elevadas del Estado, un incómodo é inútil fragmento de asador, que ya nada significa, como no sea el recuerdo de nuestra antigua rudeza, ó la pachorra de la autoridad gubernativa, que, dando así un mentís formal á sus justas y necesarias atribuciones, tolera, á su ciencia y presencia, ese alarde estrafala-

(1) Esto no se entiende con los individuos pertenecientes á los institutos militares y á las demás clases destinadas al mantenimiento del orden, las que, por necesidad y por una consecuencia lógica, deben conservarse siempre armadas para atender incesantemente á la defensa exterior é interior.

rio de reminiscencia feudal, esa especie de pretension cáduca de señor de horca y cuchillo, pronta, al parecer, á vengar, al menor pretesto, sus agravios, y á tomarse la justicia por su mano. No podemos menos de creer que, escepto los militares, que por su institucion constituyen, digámoslo así, el brazo armado de una nacion, todo ciudadano que lleva armas es, en el estado normal, una anomalía, una inconsecuencia y una verdadera ridiculez. ¿Nos querrán VV. decir lo que significa y representa hoy día en la Europa moderna un ingeniero civil, un profesor de veterinaria, un médico ó pintor de Cámara, un empleado de Direccion ó Ministerio no militar, un escribano de número, ó en fin, un caballero ó título cualquiera, armado, cual matamoras, ó desfacedor de agravios de la edad media, de la rancia hoja toledana? Y eso que el espíritu epigramático que viene dominando en los tiempos modernos ha ido desalojando poco á poco muchas rutinas y costumbres estafalarias, forzando lógicamente grande número de nuestras clases sociales á arrinconar la tizona tradicional. Hasta los dos tercios, cuando menos, del siglo pasado, la espada era un útil ó accesorio inseparable del hombre: iba pegada, cual adherencia natural, al cuerpo, no solo del hidalgo y del noble de la mas humilde alcurnia, sino además al del cirujano, del comadron, del barbero, del maestro de música ó de baile, del fiel de fechos, del corche-te, y aun de cierta ralea de mendigos. El boticario sobre todo se señalaba en el uso constante de esta especie de blason, al que, por atribucion entonces profesional, unía una pieza, si bien menos heráldica, igualmente imponente, aunque de carácter mas anodino y benévolo. Revestido casi exclusivamente, en aquellos envidiables tiempos, de la acatable funcion de practicar brecha en los cuerpos rebeldes á la accion estimulante de la jalapa y de las hojas de sen, se veía á este necesario y virtuoso vasallo presentarse con imperturbable seriedad á la embestida, el espadín al costado y la culebrina doméstica en la mano, ofreciendo así al pobre paciente el formidable aspecto del ataque combinado de las dos armas: de la blanca y de la arrojadiza.

En algunos de nuestros diccionarios la *y* griega, la *h* y la *x*, conservadas aun sin una absoluta necesidad en muchos vocablos, bien que suprimidas en la mayor parte de ellos, indican y rememoran una etimología, un origen. ¿Es una cosa parecida á esto lo que se pretende obtener con el uso, sin uso y sin objeto, de la espada? Pero, ¿para qué? Desde principios del siglo, caballeros y pecheros estamos todos inextricablemente, y—sirviéndonos de una espresion muy en boga para todo, menos para lo que debería significar—atrozmente mezclados y confundidos. La fusion es completa, inmensa, y la sola librea que nos distingue en el día es la de la opulencia ó la de la miseria: señor, si vestimos buena ropa; plebe, y aun asquerosa, como se decia bonitamente hace poco, si la que nos cubre lo hace como de mala gana y riéndose á carcajadas por todas las costuras. Hoy se encuentran títulos de nobleza en todas las roperías, y por muy osado y bellaco se tendria al que se aventurase á negar el don al estimable y acatable portador de un frac ó gaban, cualquiera que fuese su origen y ascendencia (del hombre se entiende; no del frac ó gaban).

Pero mirando el uso vetusto de llevar espada bajo otro punto de vista, se dirá quizás que si aquella va dejando de figurar como pieza puramente heráldica, no por esto tiene menos significado como salvaguardia del pundonor personal, destinada que está á vengar toda afrenta que pueda empañarlo. ¿Lo entienden así los legisladores? Parece que sí, al ver las leyes, no solo tolerar el uso de la espada en las clases no militares, sino señalarlo, ordenarlo y consignarlo en los reglamentos de uniformes de las mismas. Pero entonces ¿qué vienen á significar las pragmáticas y leyes penales que en letras gordas anatematizan los desafíos, que los prohíben bajo las mas severas penas? Una de dos: ó no se permita de ningún modo el llevar espada, ó concédase el uso consiguiente á que ha sido naturalmente destinada toda arma. En este último supuesto, lógico en todas sus consecuencias, déjese al prógimo con entera libertad para trabar una batalla en cada esquina y para degollarse por un quitame allá esas pajas. Los legisladores de la Europa moderna han debido en este punto hallarse en un terrible apuro, cuando se han resuelto á burlarse como lo han hecho del sentido comun; cuando se han visto precisados á ponerse serios para decir, sin reventar de risa, á sus legislados: Os concedemos

la espada; pero con la condicion de que nunca la habeis de sacar de la vaina. Os contentareis con tenerla allí al costado, bi en sea como testimonio de pusilanimidad ó motivo de tentacion, como querais: os dejamos con toda libertad, y aun damos las manos á que de este modo se os proporcione la terrible alternativa de pasar por un cobarde ó de delinquir faltando á la ley. Nos congratulamos por haberos creado este tremendo conflicto. De igual fuerza y calaña seria la autorizacion de tomar mujer, con tal de no propasarse á otra privanza que la de llevarla á paseo del brazo, ó de comprar unos calzones para tenerlos colgados de un clavo.

Terminaremos con una moraleja: esto es siempre sumamente provechoso para el alma y en extremo satisfactorio y anodino para el espíritu. Diremos, pues: no está la dificultad en hacer leyes; sino en armonizarlas con las costumbres y en hermanarlas con la opinion.

ALCOBA. *s. f.* Gimnasio de los devotos de Venus; taller de las prostitutas; templo del amor y del sueño, en donde se adora sucesivamente á dos divinidades no muy mal avenidas, aunque de índoles del todo diversas, Cúpero y Morfeo; mansion del placer y del dolor, en la que se da la vida y se recibe la muerte; antecámara de la existencia y de la eternidad; estancia de llegada y partida de las almas; punto de contacto del ser y de la nada, de la cuna y de la tumba.

Además de estas atribuciones mas ó menos graves ó jocosas, sublimes ó burlescas, tiene la alcoba la no despreciable propiedad de prestarse á las transacciones y de hacer á pluma y á pelo. Así es que ha servido mas de una vez de sala de audiencia á ciertas notabilidades, y de pieza de despacho á algun influente y galante personaje. En tales casos aquel retrete intimo llega á ser un lugar de transaccion en donde, por lo comun, se orillan las dificultades y se da cima á las mas áridas negociaciones; en el que tambien se desatan á menudo los nudos gordianos de los expedientes, y se anudan con estrechez y de una manera segura é infalible los términos finales de las solicitudes y pretensiones. La alcoba es entonces un piélago proceloso en el que naufragan á un tiempo la honestidad y la delicadeza, la virtud y la probidad, el deber y la justicia.

ANOMALIA. *s. f.* Propiedad distintiva del suelo español.

APLAUSO. *s. m.* Melodía divina que enajena, embriaga, quita el tino, y es la mas eficaz preparacion para los tropiezos y caídas.

ARBITRARIEDAD. *s. f.* Modo de mandar por inspiracion, intuicion, revelacion, como quiera, como no sea con arreglo á leyes sancionadas y promulgadas.

ARRE! *interj.* Fórmula sacramental y profesional de todo gobierno absoluto. Su aplicacion inmediata y su consecuencia lógica y habitual son el no dejar parar á nadie.

ARREAR. *v.* Gobernar despóticamente, convertir el cetro en látigo.

L. CORSINI.

TEATROS.

PRÍNCIPE: ¿Cuál es mayor perfeccion?—*Mañanas de abril y Mayo*.—NOVEDADES: *Deuda sagrada*.—*La fragata Belona*.—ZARZUELA: *El hijo de D. José*.—*El mudo*.—CIRCO: *Por un paraquas*.

El aniversario de Calderon se ha verificado este año en el teatro del PRÍNCIPE, si bien con alguna escrupulosidad en los carteles, con el tino en la eleccion de las obras, de que debe dar muestra la empresa de nuestro primer teatro de verso. Con esta funcion dedicada á honrar la memoria del gran lírico y dramático español, ha resucitado la musa del Sr. D. Patricio de la Escosura, ofreciéndonos un auto dramático alegórico, titulado ¿Cuál es mayor perfeccion? donde juegan como personajes el ingenio, el arte, la comedia española y la extranjera, el público y otras entidades abstractas. Tiende esta loa á determinar el género dramático predilecto de nuestros días, señalando sus cualidades y viniendo á demostrar que el génio y el arte son hermanos. El Sr. Escosura ha sembrado de conceptos sentenciosos su creacion, presentada con la sencillez de los autos sacramentales del siglo XVII, calcada en aquellos modelos en cuanto al corte, adornándola con fáciles diálogos donde resaltan trozos de vigorosa é inspirada poesia y erudicion filosófica é histórica. Lástima que este bello trabajo peque á veces de di-

luido en las ideas y rebuscado en la frase. Lástima mayor aun, que su desempeño no hubiera sido siquiera mediano para que las figuras simbólicas que intervienen en el auto resaltaran como debían, así por la verdad del aspecto, como por el colorido artístico y la adecuada entonacion. Sin embargo, creemos distinguir justamente en la representacion la Señora Lamadrid, Stas. Boldun, Marin y dama jóven Torral. De los actores solo recordamos agradablemente á Fernandez. La música del maestro Fernandez Caballero y el nuevo decorado, así como el bailete agradó. No así los coros, ni el primer actor Delgado.

Siguió á el auto, la comedia de Calderon, inapreciable como suya, pero que no era de las mas á propósito para la refundicion *Mañanas de abril y mayo*. El Sr. Escosura ha hecho notables y prudentes alteraciones en la obra, especialmente en el primer acto donde se suprimen varias mutaciones. Contraída la accion á una marcada localidad, el enredo aparece mas tibio y menos interesante, pero no por esto ha dejado de reconocer el público la habilidad del refundidor que le ha proporcionado el recordar y admirar una vez mas las raras dotes de aquel monstruo del entendimiento.

La funcion, fué pues, lucida. El Sr. Escosura aplaudido. Calderon ensalzado. La empresa satisfecha y el público picado solamente con los actores que hicieron noches aquellas deliciosas *Mañanas*.

La cronología de los estrenos nos lleva ha hablar desde la sublime alteza de un gran poeta, hasta la nada de la *Deuda Sagrada*, baturrillo dramático representado en NOVEDADES. Muchas palabras mal ensartadas, muchos personajes á quien no se entiende, que se agitan á la faz del paciente espectador. Un argumento que no asoma nunca; una ejecucion que participó necesariamente del desaliño de la obra y por último un autor, cuyo nombre no queremos revelar, á quien se llama á la escena en un deshago humorístico del público; un llamado autor que se presenta haciendo muecas y en ademan inculto á escuchar las risas del auditorio... ¿qué dolor!

Después se ha representado en el mismo teatro una comedia en tres actos, escrita por el poeta portugués Lacerda y arreglada á nuestra escena por D. José de Araujo. Tiene por título *La fragata Belona*, y ella nos ha indemnizado, así como á aquel coliseo, del disgusto á que antes nos referimos. *La fragata Belona* es una comedia discretamente pensada; de delicado y sentimental asunto; de amenísimo diálogo, cuyas interesantes escenas y cuyos ricos detalles forman un conjunto artístico y literario. *La fragata Belona*, en fin, es la mejor obra de cuantas se han estrenado en aquel coliseo de algun tiempo á esta parte. Solo adolece del defecto de la languidez, el cual desaparece ante la verdad de los incidentes de que se halla abundantemente salpicada, y la limpieza de la forma. Es una comedia dramática de conmovedoras situaciones, que se escucha con especial agrado, y se aplaude espontáneamente; aplausos que en gran parte pertenecen al Sr. Araujo por el criterio con que ha hecho el arreglo, y sobre todo por la correccion y elegancia del lenguaje. El decorado del acto primero es muy propio, y en imparcial elogio de la representacion, diremos que en la actual temporada no hemos presenciado en NOVEDADES un desempeño mas igual y acabado. Maria Rodriguez sobresale por su naturalidad y su sentimiento, caracterizando un tipo simpático pero difícil, y contribuyendo así al éxito satisfactorio de la comedia. Cortés concurre á igual fin en un papel característico, que es el que con mas inteligencia le hemos visto desempeñar; y Bermonet, Iroba, Hernandez, Sanchez y los demás actores, completan el cuadro dignamente. Sus esfuerzos se ven recompensados, pues el público llama todas las noches al arreglador y á los actores á la escena, por lo cual felicitamos á la empresa y aconsejamos al público que acuda á las representaciones de *La fragata Belona*.

Vamos ahora al favorecido coliseo de la calle de Jovellanos. Dos novedades hánse presentado allí: es la primera la zarzuela en un acto y en verso de D. Carlos Frontaura, música de D. Mariano Vazquez, titulada *El hijo de D. José*. Su argumento es trivial, y puede decirse que su autor ha adelantado poco hasta aquí respecto al desenvolvimiento de la accion; pero los diálogos son mas fluidos y correctos que los de sus anteriores obras, y los chistes, abundantes, son generalmente mas delicados. La música es ligera, pero artificiosa y escasa de fresca y colorido. No obstante, revela la

inteligencia del compositor. El público rie y se entretiene con *El hijo de don José*, en cuya ejecución no hallamos nada digno de especial elogio.

La segunda obra representada por vez primera, es la zarzuela en dos actos, igualmente en verso, escrita por el Sr. Frontaura y puesta en música por el Sr. Cepeda, cuyo título es *El mudo*. En ella pugnan desfavorablemente el elemento cómico y el dramático; á las situaciones, indicada alguna y desenvueltas otras, donde el espectador saborea el efecto vivo del chiste, se suceden los golpes dramáticos que tienden al melodrama, lo cual perjudica á la obra. Quiere aparecer intencional el asunto, y la trivialidad del pensamiento se opone á un desarrollo interesante; así es que la animación decae en las escenas donde no compensa esta falta el colorido y la gracia del diálogo.

A pesar de esto, hallamos en este libro al Sr. Frontaura un tanto pensador, y atreviéndose como á querer resolver el problema de dar interés y desarrollo á la acción dramática. Mas vale así, pues si en esta zarzuela no lo ha conseguido, tiene algo adelantado para lo futuro. La versificación es esmerada, fácil y agradable, porque en ella sobresale un chispeante y culto gracejo que deleita sin herir el oído; y este es otro paso mas por el que felicitamos al Sr. Frontaura.

El Sr. Cepeda hubiera podido inspirarse mejor en un libreto de condiciones musicales. Sus melodías son originales y la instrumentación que emplea acertada; pero se ha visto precisado á escluir el tinte cómico de sus notas, y la elevación de que ha querido hacer alarde no produce efecto por inoportuna. El coro de mujeres con que empieza el segundo acto y el duo de tiple y barítono del mismo, son, á nuestro juicio, las dos piezas mas salientes de *El mudo*. El señor Salas, desempeñando un característico cómico de menos importancia que la que requiere la suya, ha estado complaciente con su autor, y esto le honra. Acerca de la interpretación de su parte, dicho se está que ha sido digna de su inteligencia. Idéntico juicio debemos consignar de las señoras Rivas y Soriano. Los demás actores han cumplido con su deber.

¿Qué diremos del Circo, y de la nueva empresa, y del estreno de *Por un paraguas*? Que el Circo necesita renacer de sus cenizas como el ave fénix; que nos place ver al frente de la dirección á personas tan autorizadas como D. Antonio García Gutiérrez y D. Emilio Arrieta, y que el juguete en un acto, arreglado del francés por el Sr. García Luna, con el título citado, es lástima que haya trascendido á la escena y que se haya dejado oír la llamada música del Sr. Nuñez Robres, porque no hubiera habido nada preferible á la ausencia y al incubamiento del susodicho desventurado juguete.

25 de enero de 1862.

FABIO.

LA CANGA, SUPPLICIO CHINO.

En pocas descripciones de las costumbres del celeste imperio deja de figurar la palabra *Canga*, pronunciación á que los europeos han reducido la expresión original *teha*, castigo de los mas frecuentes, é ingeniosamente duros, que en aquel país suelen imponerse á los criminales.

Publicamos en este número un grabado que representa la ejecución de dicho suplicio, y los siguientes datos que contribuyen á su aclaración.

Consiste la *Canga* en dos piezas ó tablas de madera, con una escotadura semicircular, que uniéndose paralelamente,



Casco del gran Duque de Alba, pieza existente en la Real Armería de Madrid.

da paso al cuello del criminal, y hace que el peso de aquella venga á gravitar sobre sus hombros. Dos agujeros igualmente practicados en los extremos de esta tabla retienen asimismo las manos é impiden que estas puedan facilitar el menor auxilio á la dolorida cabeza, completamente aislada en lo exterior del resto del cuerpo. El sello del mandarin impuesto en las estrechamente unidas junturas de las tablas, impide que la compasión pueda ofrecer ningún alivio al paciente, y al propio tiempo hace pública la sentencia, pues por lo general va escrito su testamento en la ancha faja del papel que contiene el sello.

El peso de las dos tablas unidas varia desde 60 á 200 libras, segun la gravedad del delito, y la sentencia al designar el peso de la *Canga* y manera de sufrirla, determina tambien el tiempo que ha de durar su aplicación, que por lo general ni baja de un mes, ni puede sufrirse sin interrupción por mas de cuatro.

El infeliz condenado á este prolongado tormento, sale todas las mañanas de la prisión arrastrando una cadena, cuya estremidad es llevada por un esbirro armado de un látigo, como si llevara una caballería por el ramal. En esa aflictiva situación es paseado por las plazas públicas y los paseos, espuesto á los insultos de los mas y á las demostraciones de caridad de otros, pues hay que advertir que es condición del suplicio, el que, quien lo padezca, no pueda vivir sino á espensas de esa santa virtud.

Como sus manos, ya por la extensión de la *Canga*, ya por estar metidas en los agujeros de las estremidades, de ningún modo pueden acercarse á la boca, no le es posible comer, sino lo que ajenas manos introducen en ella, y de aquí resulta un nuevo y no menos terrible padecimiento, que es el tener la existencia pendiente de ajena voluntad.

Su lamentable situación mueve alguna vez á piedad, has-

ta las duras entrañas del esbirro que lo conduce, y que le permite en sus paseos diarios afianzar unos breves momentos el peso de la *Canga* en alguna esquina ó tronco de árbol.

La inexorable crueldad de los Calígulas y Dioclecianos, no discurrió seguramente un medio mas atrozmente ingenioso de prolongar una existencia graduando el tormento á placer del verdugo.

¿Se podrá creer que hay desalmados que bajo el peso de esa tabla espiatoria se pasean con el rostro cínicamente sereno y hasta con desenvoltura? Así nos lo asegura un amigo que ha tenido ocasión de verlos y de concurrir, como era de esperar, al acto de caridad, de poner sobre la *Canga* algunas monedas.

TAMPICO.

Después de Veracruz, Tampico es el puerto de mas importancia del Golfo de Méjico. Situado á 400 kilómetros N. de Veracruz, es la ciudad mas importante del estado de Tamaulipas, por lo cual toma el nombre de Tampico de Tamaulipas ó Pueblo nuevo, pues su creación data solamente del año 1824. Hoy cuenta sobre 15,000 habitantes. Situado sobre el rio Tampico y la laguna de Panuco, forma un puerto que si bien no tan seguro como el de Veracruz, le aventaja en salubridad.

Dominada por altos montes, presenta un aspecto muy pintoresco. Familias europeas han construido bonitos edificios al estilo de su patria, y sirve de residencia á Cónsules de los diferentes estados de nuestro antiguo continente. La ciudad de Tampico ha sido diversas veces tomada por los mejicanos, y reconquistada por nuestras armas, durante la guerra denominada de la Independencia. Ultimamente, esto es, en 1829, quedó en poder de aquellos, siendo acaudillados por el General Santana.

CASCO DEL GRAN DUQUE DE ALBA.

En la Armería real, cuyas mas preciosas curiosidades venimos reproduciendo por medio de grabados, se conserva el casco ó yelmo de D. Fernando Álvarez de Toledo, aquel ilustre hijo de Madrid, que con el título de gran Duque de Alba, ganó en 1547 la batalla de Mulberg contra el Elector de Sajonia, y tuvo gloriosa parte desde su juventud en todas las empresas llevadas á cabo en el reinado de Carlos V y muchas de Felipe II, falleciendo después de haber conquistado el reino de Portugal, contando nada menos de sesenta años en no interrumpidos servicios.

La joya artística á que nos referimos pertenece al grandioso estilo adoptado por la escuela florentina. Su cresta ó cimera ostenta la forma de una esfinge, á sus lados están los rios Tiber y Po, y toda su ornamentación en la que figuran varios mascarones, es relevada á martillo y damasquinada de oro. Desgraciadamente le falta una carrillera.

El número que tiene esta magnífica pieza entre las demás de la Armería, es el 2,355.

Por todo lo no firmado, el Secretario, F. MEDINA-VEYIA.

Director y propietario, D. M. PÉREZ DE CASTRO.

Editor responsable, D. Jacinto Rodríguez.

MADRID: 1862.—Imp. y Lit. del ATLAS, á cargo de J. Rodríguez, calle de San Bernardino, núm. 7.

ALBUM DEL PANORAMA UNIVERSAL



Grabado Millar y Bernardino J. Madrid.

F. P. de Castro dib. y lit.

SANTANDER.

Palacio de Zurita.

Ayuntamiento de Madrid